MAIMÓNIDES Y LA *EPÍSTOLA A IBN TIBBÓN*: CONSIDERACIONES TRADUCTOLÓGICAS

OLGA GONZÁLEZ GONZÁLEZ

Universidad Complutense de Madrid

> Cuando me llegó tu carta en lengua árabe y hebrea, comprendí su contenido y la belleza de tu estilo. Vi los lugares de nuestro extenso tratado *Guía de los Perplejos* que te han planteado dudas y aquéllos que te han sorprendido por los errores del escriba. Digo lo mismo que el antiguo poeta: «El que conoce a los antepasados puede decir que la grandeza del padre ha pasado al hijo».[1]

Con estas amables palabras de elogio y reconocimiento, pertenecientes a una de las *Iggerot* o *Epístolas* de Maimónides, el maestro homenajea a Samuel Ibn Tibbón, insigne traductor perteneciente a la ilustre familia de los Tibbónidas, judíos que, al igual que muchos otros, huyendo de la radical persecución almohade que había desencadenado por todo el territorio andalusí, antes que renegar de su fe mosaica convirtiéndose al islam, optaron por el camino del exilio estableciéndose en la soleada Provenza.

Moshe ben Maimón el sefardí, gentilicio con él que el mismo se autodenomina en sus escritos, llamado Maimónides por los latinos, había nacido en Córdoba en 1135 y desde muy temprana edad pudo estar en estrecho contacto con los estudios talmúdicos debido a que su padre ejerció como *dayyan* o juez de su comunidad. Cuenta la tradición que aprovechándose de las pésimas relaciones que mantuvo durante toda su adolescencia con su estricto progenitor, abandonó la casa familiar y marchó a Lucena, en donde pudo formarse en su famosa Academia, que albergaba todo el saber judaico de la época. Obligados por las circunstancias políticas, representadas por la llegada a Córdoba de los almohades, fanáticos guerreros del norte de África que en su afán por volver al islam se dedicaron a perseguir con ahínco a todo el que no perteneciera a él, la familia abandonó su ciudad natal comenzando así un enorme peregrinaje, primero por distintas localidades andalusíes (Almería entre ellas) y posteriormente por el Mediterráneo Oriental, siendo su primer lugar de residencia continuada la ciudad de Fez, en Marruecos, donde se mantenía el prestigio de los estudios de Aritmética y Medicina (aquí tendrá Maimónides la oportunidad de relacionarse con destacados médicos musulmanes cuya influencia será decisiva para su posterior vida profesional).

---

[1] Todas las citas textuales de Maimónides que aparecen en este trabajo se han extraído de la traducción de Mª José Cano y Dolores Ferré, *Cinco epístolas de Maimónides*, Barcelona, 1988.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Olga GONZÁLEZ GONZÁLEZ. «Maimónides» y la epístola a Ibn Tibbón...

Centro Virtual Cervantes

Hacia 1165, al no sentirse protegidos en esta ciudad, sobre todo después del asesinato del rabino Ibn Sossan, parten de nuevo hacia San Juan de Acre en la Palestina ocupada por los cristianos. A partir de este momento, las desgracias familiares se sucederán en la muerte de su padre primero y de su hermano David después, lo que le empuja sin remisión a la práctica seria de la medicina como modo de mantener al resto de su familia; galenista convencido, tiene en cuenta la obra de Averroes y redacta a partir de entonces diversos tratados médicos en árabe (lengua de trasmisión de la cultura en la época, entre los que pueden destacarse el *Tratado sobre los venenos y sus antídotos*, el *Libro del asma* y los comentarios a los *Aforismos* de Hipócrates y al *Canon* de Avicena. Su fama llegó a ser tan grande que fue requerido por diversos personajes públicos para prestar servicios, consiguiendo ser médico de cámara del propio sultán Saladino, que tan en jaque traía a los cruzados.

Los últimos años de su vida los viviría en Fustat, en El Cairo viejo, donde, como hombre polifacético, alternaría con gran habilidad sus responsabilidades hacia los enfermos, con el cargo de *naguid*[2] o jefe de la comunidad judía en Egipto, dado su gran reconocimiento como autoridad en materia de legislación judaica, y la redacción paulatina de sus obras más relevantes como el *Comentario a la Misna*, la *Misne Torah* o *Nueva Ley* en la que hace una difícil sistematización de todo el saber recogido en el Talmud o *El libro de los preceptos*.

Escribe, asimismo, sus *Epístolas* en las que apoyándose en formatos más o menos extensos, da rienda suelta a sus preocupaciones teológicas o filosóficas abordando los temas de una forma general o en las que deja asomar su lado más humano narrando algunas peripecias vitales y adoptando un tono mucho más personal.

Pero la cima de su sabiduría y de su tremenda calidad como pensador llegaría con la redacción de la *Guía de Perplejos* en la que la utilización de fuentes tan dispares como la filosofía aristotélica y musulmana, la literatura sefardí, la ciencia de la época, la *Torah* y la literatura rabínica, dará como fruto una obra de gran profundidad. En su elaboración tendrá primacía el impulso de aumentar la fe en Dios y destacar el valor de la *Torah* con el fin de recuperar el camino recto para todos aquéllos que no alcancen a comprender las verdades teológicas y, por consiguiente, que se hayan alejado de ellas; para tal efecto, resulta imprescindible que los *perplejos* posean algunas nociones filosóficas y que no hayan perdido por completo la confianza en la Providencia.

El trabajo no sera fácil, pues en su intento de reconciliar razón y fe, que influirá en gran manera en Santo Tomás de Aquino, San Alberto Magno y la posterior Escolástica medieval, tendrá que oponerse a los airados y retrógrados ataques de los cabalistas y tradicionalistas hebreos, dando pie a una enorme polémica que se continuará hasta mucho después de su muerte. Maimónides acabó la obra, redactada en árabe durante largo tiempo, en 1191, cuando contaba 56 años, pero no la vería traducida al hebreo hasta casi diez años después, en 1199, cuando puso manos a la obra Samuel Ibn Tibbón.

---

[2] También *Rais al yahud*, literalmente jefe de los judíos.

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Olga GONZÁLEZ GONZÁLEZ. «Maimónides» y la epístola a Ibn Tibbón...

Centro Virtual Cervantes

Nacido en Lunel, fue el dignísimo sucesor de su padre Yehuda ben Saul ibn Tibbón en el magistral ejercicio de la traducción. El patriarca de la familia, de origen cordobés, aunque emigrado a Francia, ejerció como médico y brillante traductor al hebreo de los mas famosos autores judíos, como Selomo Ibn Gabirol (el Avicebron romance, poeta y gran filósofo neoplatónico, autor de *La fuente de la vida*), Bahya Ibn Paquda, contemporáneo del primero, Saadia ha-Gaon y el gran poeta y pensador Yehuda ha Leví, de quien vertió en hebreo el *Libro del Cuzarí*, una apología del judaísmo que constituye lo más destacado de su producción. Yehuda ben Tibbón, llamado también «padre de traductores» dada la relevancia de la dinastía familiar que con él empezó, le dona a su hijo Samuel, una suerte de testamento en el que le cede, amparándose en su dilatada experiencia, válidos consejos para su posterior andadura profesional.

Samuel se inicia como traductor, sumergiéndose en las obras de Aristóteles y Averroes para después pasar a especializarse en las de Maimónides, del que además de la *Moré ha Nebukim* o *Guía de Perplejos*, tradujo entre otras obras el *Tratado de la resurrección de los muertos*. La línea hereditaria de los Tibbónidas de Lunel continuará en las personas de su hijo Mosé y su nieto Yaoqob ben Mahir ibn Tibbón, especializado este último en obras de astronomía y matemáticas y, como sus predecesores, absoluto maimonista. Con el firme propósito de extender las ideas filosóficas del maestro entre la comunidad judía del sur de Francia, completa desconocedora de la lengua árabe, Semuel Ibn Tibbón, comienza a trabajar en la obra cumbre de Maimónides.

Pero el traductor tenía ante sí un esfuerzo ímprobo, preñado de dificultades de toda condición, ya que el talante sistemático y racionalista del escritor, su viva e incisiva inteligencia y la claridad expositiva de sus ideas aristotelistas no iban a ser suficientes para aminorar las complicaciones, pues la profundidad de los conceptos (definición del movimiento, diferencia entre potencia y posibilidad, división de las fuerzas en inherentes y finitas, el atributo de divinidad de los cuerpos visibles, etc.), de difícil discernimiento incluso para aquéllos que se dedican al ejercicio de la filosofía, encierra al traductor en una auténtica tela de araña, a pesar del esfuerzo realizado para elaborar una terminología nueva y precisa que los defina y contemple en todos sus matices.

Es entonces cuando Ibn Tibbón solicita visitar al maestro en Fustat para honrarle y pedirle ayuda, además de intentar corregir posibles errores de copia que el autor le ayudará a dilucidar amparado por sus comentarios y aclaraciones continuas: «si tú encuentras que otras copias son mejores, no aceptes ésta, pues lo esencial es lo que va de uno mismo a aquél que lo traduce a su lengua», le indica. Mas los fatigosos trabajos cotidianos de Maimónides, constantemente repartido entre sus pacientes, que incluyen por igual el cuidado del rey y de la gente desconocida del pueblo, («llego hambriento y encuentro en el vestíbulo todo un gentío: hijos de gentiles y judíos, personas importantes y vulgares, jueces y comisarios, amigos y enemigos») y sus obligaciones como dirigente de la comunidad judía de Fustat («después de esto ni uno solo de los israelitas puede hablarme o encontrarse y aislarse conmigo excepto el sábado. Entonces viene toda la comunidad o muchos de ellos. Tras la oración trato con los reunidos sobre lo que hacen cada día de la semana, se realizan lecturas cortas hasta el mediodía, en que cada uno toma su camino. Vuelven unos pocos y leen de

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Olga GONZÁLEZ GONZÁLEZ. «Maimónides» y la epístola a Ibn Tibbón...
Centro Virtual Cervantes

nuevo después de la oración de la tarde, hasta el crepúsculo. Ésta es mi ocupación diaria»), no deja tiempo para ello, además de que desea disuardirle de su viaje para que no arriesgue su vida en una aventura que implica los peligros de una larga travesía en barco; de modo que éste se limita a socorrerle amable y pacientemente por escrito en una carta firmada el 30 de septiembre (5 de tishre) de 1199.

La epístola que le envía a su querido discípulo, del que alaba su elevado conocimiento de la lengua y la gramática árabe («que no es otra cosa que un hebreo algo corrompido», según sus propias palabras), constituye un documento único para conocer lo que Maimónides pensaba acerca de la traducción y la labor del traductor en su complejo y a la vez hermoso papel de catalizador de ideas y propagador de obras entre culturas y lenguas diferentes. Partiendo de una premisa de dignificación del traductor, el maestro recomienda en primer lugar a Samuel Ibn Tibbón que traduzca siempre según sus conocimientos y los dictados de su más íntimo sentido, siempre que éste no entre en clara contradicción con los postulados de la lógica; para ello será necesario hacer uso de una cierta libertad formal en la que no tenga que respetarse obligatoriamente la expresión literal del creador, con lo que se logrará una mayor riqueza lingüística e intelectiva que aproxime la lengua original al lector, pareciéndole, en la medidad en que aumenta la fluidez en la expresión, que el texto de partida ha sido escrito en la propia lengua de destino.

El traductor no ha de trocarse en vulgar e irracional copista, sino que debe transformarse en intérprete, en el mejor y más profundo conocedor del pensamiento último del escritor, que intenta por todos los medios posibles captar la esencia de los recursos, imágenes y alegorías que éste se ha permitido utilizar respondiendo bien a una intencion explicativa y pedagógica o al puro y único placer de detenerse en un brillante ejercicio de estilo:

> «todo aquél que quiere traducir de una lengua a otra y pretende transcribir palabra por palabra preservando tanto el orden del texto como el de los términos, se esfuerza mucho pero la traducción resulta confusa y corrupta. No conviene hacerlo así, sino que para traducir es necesario, en primer lugar, comprender el sentido y después escribirlo, comentarlo y explicarlo bien en la otra lengua. Esto no es posible sin alterar el orden de las palabras, escribir una palabra en lugar de varias o viceversa, sin añadir o suprimir términos hasta que se fije el sentido, se explique bien y se comprenda en la lengua a la que se ha traducido».

Del mismo modo, hace hincapié en la importancia que se le debe conceder a la formación del traductor, habida cuenta de que el conocimiento sólido y correcto de la materia en la que se va a trabajar ayudará después a la redacción de glosas y aclaraciones que reviertan en una mayor claridad de sentido para el lector no especializado y, por lo tanto, en la calidad del conjunto. Maimónides aconseja a su aplicado discípulo estudiar a los autores más importantes sin detenerse en los que no merecen la pena según su propio criterio:

> «Toma la precaución de estudiar las obras de Aristóteles con sus comentarios, los de Alejandro [Afrodisio] y Temistius [ambos comentadores del peripatético] y la explicación de Averroes. En general, te digo que no te ocupes de los libros de lógica, excepto los del

V ENCUENTROS COMPLUTENSES. Olga GONZÁLEZ GONZÁLEZ. «Maimónides» y la epístola a Ibn Tibbón...
Centro Virtual Cervantes

sabio Abulnazar al Farabi[3] [importantísimo filósofo islámico del siglo X que tuvo una considerable influencia sobre los judíos], porque todo lo que compuso, y, especialmente, el *Libro de los principios de la existencia de todo* es como harina blanca. Los libros de Aristóteles son básicos y esenciales para todos los escritos filosóficos, pero no se comprenden si no es con sus comentarios, los de Alejandro y Temistius o la explicación de Averroes. Realmente, excepto los escritos recordados, tales como los libros de Empédocles, Pitágoras, Hermes, Porfirio (seguidor de la corriente neoplatónica fundada por Plotino), el resto son filosofía antigua. No conviene perder el tiempo ni profundizar en ello».

Tras todas estas concienzudas reflexiones y recomendaciones ofrecidas con cariño y buen sentido a Ibn Tibbón, que sin duda iban a facilitarle enormemente su labor como traductor, el maestro se despide de él deseando haber contribuido a potenciar su probada y lúcida inteligencia. Un año más tarde, volvería a meditar sobre el mismo tema cuando en su *Epístola a los dirigentes de Lunel*, redactada en 1200, responde a nuevas cuestiones sobre la *Guía de Perplejos*, recomendando a los destinatarios que se dirijan a su discípulo para consultarle en la resolución de los pasajes más oscuros.

El tan ansiado viaje de Samuel a Fustat y su deseo de entrevistarse largamente con el maestro quedaría pospuesto para la eternidad, pues la avanzada edad de Maimónides y su deteriorada salud, minada por las desgracias familiares, los continuos cambios de residencia y la frenética actividad que mantuvo durante toda su vida, van haciendo mella en él hasta que muere el 13 de diciembre del año 1204, a los 69 años, siendo sus restos sepultados en Tiberiades, Palestina, por expreso deseo suyo.

Mas, aunque el hombre muere, su descomunal legado intelectual mantiene una gran vitalidad en virtud de las continuas controversias que ha venido creando hasta mucho tiempo después entre maimonistas (representados fundamentalmente por Ibn Tibbón y sus descendientes) y tradicionalistas. Sus obras, especialmente la *Misneh Torá* y la *Guía de Perplejos*, siguieron siendo reeditadas, traducidas y comentadas con gran interés durante todo el Medievo y pronto la versión de Samuel Ibn Tibbón sobre esta última fue superada en fluidez, elegancia y calidad estilística por la del poeta y prosista hebreo Yedhuda al Harizí, aunque ésta no llegara nunca a alcanzar los niveles de precisión y la profundidad conceptual de aquélla, cuestiones sobre las que ya nos hemos detenida en una etapa anterior de nuestro trabajo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CANO, M. J. y M. D. FERRE: *Cinco Epístolas de Maimónides*, Barcelona, 1988.
CORRIENTES, F.: *Diccionario Árabe-Español*, Madrid, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, 1977.
MILLAS VALLICROSA, J. M.: *Literatura hebraico-española*, Barcelona, 1967.

[3] Nacido en el Turquestán, su pensamiento filosófico trataba de armonizar tendencias aristotélicas y neoplatónicas. Se le ha considerado siempre el maestro de Avicena.

Centro Virtual Cervantes

Centro Virtual Cervantes